

Actualidad permanente de sus libros

por Gil Comín Gargallo

En este 1971 debieron de cumplirse los diez años del fallecimiento en Madrid, creemos que su tierra natal, de don Gregorio Marañón. Hemos visto en primer plano de los escaparates librerías la exhibición de su ingente obra, de tan diverso aspecto, pero siempre de permanente interés. Y además de los seis recién salidos volúmenes de la imprenta de las Obras Completas lanzadas por la Calpe, el libro aparte de Gómez Santos titulado universalmente "Vida de Gregorio Marañón".

El conjunto de estos siete voluminosos libros supone toda la fisonomía física y esencial, humana, científica y literaria, de uno de los pocos hombres completamente cultos con que ha contado España durante todo su tránsito histórico y, para el español estudioso que puede aposentarlos en su biblioteca, será evidente presencia con sensata y amical consulta. Seguro que, como para nosotros, allí donde esté su obra seguirá estando siempre vivo y presto a la tutela y afecto del amigo o el maestro que, lo mismo que cuando aún vivía humanamente, no fallaba ni defraudaba jamás a nadie que a él se acercara de cualquier clase social.

No conocimos en nuestra ya extensa existencia (y hemos tratado con muchísima gente) persona más asequible, llana y simpática que don Gregorio. Baste decir, como objeto de esta glosa, que siendo nosotros muy jóvenes y totalmente desconocidos, sugestionados por los primeros ensayos del maestro, tuvimos la osadía de pedirle un artículo para una revista literaria que hacíamos en Madrid y, cuando a las pocas horas de cometer nuestro atrevimiento estábamos pensando ir a saludarle y presentarle excusas, quedamos estupefactos al ver que nada menos que el doctor Marañón nos contestaba a correo seguido diciéndonos que había dado orden de que se nos pasara a su despacho, sin retención ninguna, pues aparte de que no sabía qué clase de tema pudiéramos apetecer mejor para encajar en nuestra juvenil publicación (de la cual le habíamos mandado los dos únicos y parvos números que habíamos sacado) tenía verdaderos deseos de conocernos para hablar con nosotros y alentarnos en la romántica empresa en que nos habíamos metido; y la verdad era que, en la calle el segundo número por casi puro milagro, no sabíamos ni teníamos idea cómo pudiéramos hacer el tercero.

¿Entonces por qué habíamos molestado la atención de don Gregorio y de algún otro valor cumbre entonces de la cultura española? ¿Es que estábamos idiotas o habíamos bebido algo de más al escribir nuestra carta y dejarla con nuestra mezquina revistilla en la portería de su casa? Era sencillamente que teníamos todos los de aquel grupillo literario, tan insensato como entusiasta, no más que entre los dieciocho a los veinte o veintidós años de edad.

Al recibir la amable carta de Marañón, pero, así, como de amigos a amigos, casi se nos cortó el habla, y además al ver que no teníamos ya otro camino que personarnos en su despacho. Fuimos cuatro chicos juntos para sostener los ánimos y si uno se atascaba por el azoramiento, pudiera ser fácilmente sustituido, como en las novilladas que, por impericia de los muchachos que toorean, pueda "haber hule".

No hemos conocido, repetimos, persona más sencilla y agradable que el doctor Marañón, que aquella tarde con nosotros se la corrió buena. Entramos en su despacho, o mejor dicho estudio literario, pues el del médico estaba en otro lugar del edificio, verdaderamente templando y con la boca seca, como también los toreros cuando hacen el "paseillo", pero don Gregorio era un sabio para todo y como además de por escrito, con nuevo envío de poesías, ensayos y artículos

inéditos y excesivamente pelmas dedicados, le comunicábamos por teléfono nuestra inmediata llegada, el doctor nos estaba esperando, y con los brazos abiertos, desternillándose de risa, se nos mostró como un amigote de la misma edad que impropia mente nos llamara "hijos", de vez en cuando, cariñosamente. Nos metió cada mentira como la Puerta de Alcalá, al decirnos que nuestra obra era genial y nosotros deliciosamente admirables como "personillas" líricas en respectivas versiones de prosa y verso. Como número efectista y final del "programa secreto", debió de pulsar un botón que por adentro avisara con luz en vez de con sonido, y se presentó una chica estupefacta con unas botellas y unas pastas. ¡Cómo se divirtió con nosotros don Gregorio!...

¡Entramos llenos de miedo en casa del doctor Marañón aquella tarde de hace la friolera de cincuenta años y salimos hechos unos frescos; cantando de júbilo por la Castellana el coro de la opereta "Bohemios", que era nuestra reserva para los días de los grandes acontecimientos, y todos con un paquete de libros y folletos debajo del brazo que don Gregorio, como si él hubiera sido todavía un joven estudiante, nos hubo regalado con increíbles dedicatorias, pero que por ir referidas a nosotros —modestia de la vejez aparte— no tuvimos el menor reparo entonces en crearlas.